

AL-BASIT REVISTA DE ESTUDIOS ALBACETENSES	Número 57	Páginas 37-69	Origen Albacete	Año 2012	Edita INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES "DON JUAN MANUEL"
--------------------------------------------------------	--------------	------------------	--------------------	-------------	------------------------------------------------------------------

CULTURA DE GUERRA Y EXCOMBATIENTES PARA LA IMPLANTACIÓN DEL FRANQUISMO EN ALBACETE (1939-1945)*

por
Ángel ALCALDE FERNÁNDEZ**

* Recibido 26 diciembre 2011 / Received 26th december 2011 • Aceptado 24 mayo 2012 / Accepted 24th may 2012.
Este artículo ha sido posible gracias a una Ayuda de Investigación del Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel".

** European University Institute.

RESUMEN

Este artículo aborda los orígenes del franquismo en Albacete desde una perspectiva que combina lo cultural y lo político para comprender la formación del apoyo social a la dictadura. En una provincia que había pasado toda la guerra en poder de la República, las nuevas autoridades franquistas y las elites que las acompañaban se toparon con dificultades para consolidar el nuevo Estado encarnado en el aparato de FET-JONS, en parte a causa de la inexistencia de una masa de excombatientes que hubieran sido movilizados y adoctrinados convenientemente en el ejército rebelde. La División Azul fue, en cambio, la experiencia de guerra a la que el franquismo recurrió para incorporar a la sociedad albacetense a su Comunidad Nacional, ya fuera a través de la experiencia del frente o de la movilización de la retaguardia.

Palabras clave: Franquismo, excombatientes, cultura de guerra, División Azul, Albacete.

ABSTRACT

This article talks about the origins of Francoism in Albacete with an approach that combines cultural and political history, in order to explain the construction of the social support to the dictatorship. In a province in which wartime was experienced under the Republican dominion, the new Francoist authorities and political elites bumped into difficulties to consolidate the new State structured by the fascist party FET-JONS, due to the non-existence of a big group of properly indoctrinated veterans from Franco's army. Nevertheless, the organization of the Blue Division would relatively resolve these problems, by means of war mobilization of the people of Albacete in front and homefront.

Keywords: Francoism, war veterans, war culture, Blue Division, Albacete.

0. Introducción

En la actualidad de la historiografía española sobre el franquismo, según confirman los últimos chequeos realizados en los congresos de historiadores profesionales, dos líneas de investigación son las que suscitan mayor interés y debate. Por un lado, en conexión con el origen bélico del régimen de Franco, la dirigida a conocer la “cultura de guerra” (discursos, prácticas, representaciones, universos simbólicos, imaginarios generados por las experiencias bélicas) del periodo 1936-1939 y sus consecuencias; por otro, los estudios en torno a los apoyos sociales de la dictadura franquista, insertos en los debates sobre el “consenso” bajo regímenes autoritarios o fascistas del periodo de entreguerras. La historia local y regional se ha demostrado, a su vez, la vía de profundización más fecunda para entender el funcionamiento interno del régimen de Franco y sus bases políticas e institucionales (Sanz, 2010; González Calleja, 2008)¹.

Este artículo es fruto de una investigación que se sustenta en ese trípode teórico e historiográfico: apoyos sociales al franquismo, excombatentismo como identidad y “cultura de guerra”, y análisis de escala local. Nos proponemos profundizar en el conocimiento de la base social del régimen franquista en sus primeros años, es decir, de sus apoyos sociales, que se plasmaron en la composición de su personal político-institucional. Los diversos estudios regionales en esta perspectiva permiten hablar de una cierta heterogeneidad, novedad y amplitud social de las bases sociopolíticas franquistas, y la causa fundamental de estas características reside, parece claro, en la experiencia de la guerra civil: el factor determinante para la inclusión de un individuo en los espacios de poder del régimen fue, por encima de la clase social o la orientación política (aunque prevaleciesen las clases medias-altas y los pertenecientes o cercanos al conglomerado falangista), su actuación durante la guerra civil. No en vano, la guerra fue el gran acontecimiento fundacional y legitimador del régimen, el cual se encargó de mantener su recuerdo y memoria convenientemente durante décadas. La experiencia

¹ El último congreso celebrado por la Asociación de Historia Contemporánea (Santander, septiembre de 2010) fue la ocasión de perfilar un estado de la cuestión sobre los apoyos sociales al régimen franquista, en el taller organizado por Francisco Cobo Romero y Miguel Ángel del Arco.

bélica, que puede entenderse como un *rito de paso* que configura las identidades excombatientes, fue utilizada por el naciente régimen franquista como medio para formar ideológicamente al amplio conjunto poblacional que fueron los soldados, voluntarios o conscriptos, de su ejército. A pesar de esto, los excombatientes de esta guerra, que tuvieron un papel importante en varios momentos de la historia del régimen, han sido un colectivo bastante desconocido e ignorado en la bibliografía.

La desmovilización en 1939 de los combatientes franquistas, ebrios de victoria y ávidos de los puestos “de trabajo, de honor o de mando” que el Fuero del Trabajo de 1938 les había prometido, supuso un problema militar, económico, social y político para el régimen triunfante, pero también un enorme filón de lealtades personales a Franco. En otro lugar (Alcalde, 2010) hemos analizado cómo el control del proceso de reintegración de los excombatientes al mercado de trabajo, al funcionariado, y a los poderes políticos locales, paralelo a la represión y la depuración, y ejercido a través del partido único FET-JONS y su Delegación Nacional de Excombatientes y los poderes provinciales, consiguió que el resultado fuera beneficioso para la consolidación del régimen, al menos en provincias que habían permanecido bajo dominio rebelde la mayor parte de la guerra. El mantenimiento en la posguerra de prácticas y discursos propios de una cultura bélica conectada con el fascismo (la movilización “patriótica”, la violencia, el culto a los “caídos”, la construcción simbólica del enemigo, etc.) fue un elemento muy visible en esos años que también permitió al régimen reforzarse, implantarse y absorber adhesiones personales.

No obstante, en los lugares del país que habían permanecido toda la guerra bajo dominio republicano la población no había experimentado la movilización bélica franquista y sí la republicana. Esto significaba que allí el Nuevo Estado no podía contar con una masa de combatientes convenientemente adoctrinados, sino al contrario (los hombres habían sido movilizados y socializados en el ejército enemigo), y que las gentes eran por lo general ajenas a los referentes ideológicos, simbólicos y discursivos del bando franquista. Salvo en el caso de aquellos que habían sufrido persecución política o habían sido víctimas de la violencia revolucionaria, el régimen carecía de un personal con méritos de guerra con el que nutrir sus instituciones y de una base popular en la que confiar. ¿Cuáles fueron las estrategias del régimen franquista para implantarse en estos

lugares? ¿Cómo se suplió la carencia de personal ideológicamente fiable en esas provincias? Para responder a estas preguntas entra en juego el análisis de escala local, y es por ello que el caso particular de Albacete resulta de interés.

Hasta el presente, los estudios historiográficos sobre la guerra civil y el franquismo en la provincia de Albacete han legado un importante corpus bibliográfico. Se conoce relativamente bien el periodo II República-Guerra Civil-posguerra, a través de publicaciones (monografías, artículos en la revista *Al-Basit*, congresos, etc.) de historiadores como Manuel Requena Gallego, Manuel Ortiz Heras, Francisco Sevillano Calero o José María Gómez Herráez. La secuencia de los acontecimientos albacetenses que nos son interesantes aquí estuvo marcada por el triunfo momentáneo del golpe de Estado en la ciudad de Albacete el 19 de julio de 1936 y su derrota definitiva entre el 25 y 26 de julio, tras algunos combates entre los grupos armados republicanos y los militares y voluntarios golpistas, los cuales procedían en su gran mayoría de las clases medias conservadoras y estaban apoyados por la oligarquía provincial. El desenlace supuso el comienzo de una transformación política revolucionaria, en la que el poder del Estado desapareció, sustituido por un poder popular implantado desde abajo y que en una primera fase ejerció una fuerte represión sobre aquellos que habían secundado la sublevación militar. Con el tiempo, la evolución política de la zona republicana significó la reorganización y rehabilitación del poder del Estado, el afianzamiento de una Justicia Popular que castigó con dureza a un sector desafecto de las clases medias provinciales, así como la estabilización de un esfuerzo bélico en el que Albacete jugó un papel estratégico determinado (Sevillano, 1995, 1995).

De hecho, como es bien sabido, en la ciudad se estableció la base central de las Brigadas Internacionales, pero también otras unidades del ejército republicano. Esto no sólo se trató de una cuestión exclusivamente militar o estratégica, sino que asimismo implicó la movilización de la población en un sentido antifascista, lo que tuvo expresión en diversos órganos de prensa con raíz en la ciudad o alrededores, y en actos simbólicos y de movilización (desfiles, homenajes, mítines) en los que participaba la población civil. La otra cara de la moneda fue que las elites tradicionales albacetenses, propietarios de fincas rústicas y urbanas sobre todo, muchos de ellos escondidos, camuflados o huidos, pagaron su desafección a

la República con sus bienes, aunque el proceso de incautaciones por causas de guerra fue pronto regularizado y sometido a un orden legalista por las autoridades republicanas. Paralelamente, la aplicación de la justicia contra los rebeldes fue cada vez más benévola. Pero tampoco la guerra fue una experiencia desprovista de traumas para la población civil albacetense, que sufrió numerosos bombardeos y crecientes estrecheces materiales. La marcha muy negativa de la guerra para la causa republicana, sobre todo a partir de septiembre de 1938 con el fracaso de la ofensiva del Ebro y la retirada de las Brigadas Internacionales, significó la pérdida de lealtades al Estado republicano y su Ejército Popular, derivando la situación en nuevos desórdenes que acompañaron la derrota militar definitiva. Es en este punto en que comenzamos nuestro análisis histórico, cuando las tropas franquistas “liberaron” Albacete e implantaron su gobierno en la ciudad, el 28 de marzo de 1939 (Requena, 1996).

1. Albacete en el “año cero”

Probablemente, los días de la Victoria fueron vividos en Albacete con emociones muy diversas, que oscilaban entre la ansiedad o el miedo, y el alivio o la euforia. En las semanas subsiguientes a la ocupación por las tropas franquistas las nuevas autoridades implantaron por la fuerza un orden contrarrevolucionario, procediendo, en primer lugar, a la persecución de izquierdistas, su sometimiento y depuración. En esta coyuntura, la violencia bélica se extendió más allá del 1 de abril de 1939 sobre un enemigo ya vencido y desarmado. En los primeros meses, la coerción ejercida arbitrariamente por falangistas y otros individuos armados costó la vida de más de quinientas personas en la provincia. Además, el establecimiento de tribunales militares significó la continuación de una justicia de guerra, extremadamente dura hasta 1943, que ejecutaría a más de mil albacetenses hasta finales de esa década (Ortiz, 1996). En ese contexto represivo, frenético por momentos, la articulación de una oposición se demostró imposible. Los movilizados por el ejército republicano fueron regresando derrotados a la ciudad, tras pasar por los campos de concentración o eludiéndolos arriesgadamente. Uno de aquellos soldados, Ezequiel San José López, desmoralizado por la terrible experiencia de la derrota,

logró regresar por cuenta propia a Albacete, para encontrar en la población un ambiente deprimido, “de aceptación de la derrota”, y un extremado celo represivo por parte del nuevo poder, que desarticuló expeditivamente cualquier intento de reorganización clandestina de la izquierda. Este testimonio recuerda que mientras en la Plaza de Toros, transformada en campo de concentración, se hacinaban los exsoldados republicanos, en la Plaza del Altozano unos altavoces continuaban dando “el parte” a los vecinos, que a continuación debían cantar el Cara al sol y otros himnos brazo en alto, unas prácticas propias de la guerra que se imponían ahora en la ciudad; incluso la reapertura de casas de prostitución en la urbe parece que estuvo conectada con la presencia de tropas franquistas aún sin desmovilizar (San José, 2003).

En esa primavera, la ciudad ocupada vivió desfiles y actos militares, que introdujeron las prácticas franquistas hasta entonces allí desconocidas. El culto a los caídos del bando rebelde tuvo que tomar también su versión albacetense, encontrando ocasión en el acto en honor a los caídos de la batalla del Ebro celebrado el 16 de abril en el parque Canalejas, por el llamado “batallón Argallés” en “hermandad y compenetración” con el “honrado pueblo de Albacete”. La presencia de unidades italianas del CTV acuarteladas en la ciudad sirvió a los franquistas locales para intentar contrarrestar el recuerdo y las huellas profundas que habían dejado los brigadistas internacionales en las calles y en las mentes de los albacetenses. Se aireó que el Duce había tenido la generosidad de donar víveres a la capital, y la corporación se esforzó en participar en actos conmemorativos de los fascistas; en demostrarles simpatía, como en la ocasión de ofrecer, el 15 de mayo de 1939, un vino de honor a la representación militar italiana; y en agradecer efusivamente su contribución a la guerra y su paso por Albacete, el cual culminó con una gran despedida, organizada por el Ayuntamiento, que aprovechó para bautizar una calle de la ciudad con el nombre “Flechas Azules”².

Es probable que el sector poblacional afín al Nuevo Estado, relativamente amplio en una ciudad que en ese momento contaba con 45.000 almas, participara públicamente en toda la parafernalia de movilización y propaganda. Ciertamente, para aquellos que

² Archivo Municipal de Albacete (AMAB), LI-43, actas 17, 24/IV/1939, 15, 29/V/1939, 12/VI/1939.

habían sido desplazados y sometidos durante el periodo bélico estos meses fueron de feliz recuperación del patrimonio incautado y de satisfecha reposición en espacios de poder social y político. Se trató de una restauración de la jerarquía tradicional. Esa fue la vuelta a la normalidad que se propuso el nuevo régimen franquista y que fue acogida con entusiasmo por muchos. No obstante, la tarea no era nada sencilla, pues la experiencia bélica había producido la emergencia de nuevos grupos con una posición dominante en el Nuevo Estado, notablemente los falangistas, que controlando resortes institucionales en el seno del partido único FET-JONS (entre ellos los que concernían a la organización y control de los excombatientes), pugnaron con el conservadurismo católico y tradicionalista para imponer su proyecto fascista, tanto en el plano puramente político y social, como en el simbólico y discursivo (Box, 2010, de donde tomamos la expresión “año cero”).

Con estas dificultades se topó el primer gobernador civil franquista de la provincia, Antonio Parellada, un militar de talante extremadamente conservador que había ejercido como alcalde de la ciudad de Zaragoza entre 1937 y 1939. Siguiendo el mismo procedimiento que en otras partes del país, el gobernador nombró, a primeros de abril de 1939, una comisión gestora que cubriera las funciones del Ayuntamiento de Albacete. Como Alcalde designó a Manuel Lodaes Alfaro, acaudalado industrial y terrateniente que había hecho política en el Partido Agrario, y que por haber participado y apoyado con su dinero la sublevación había sido encarcelado por la República. No obstante no se incorporaría a su puesto hasta junio de 1940, cubriendo su ausencia Paulino Cuervas-Mons, un ingeniero que había sido Alcalde a finales de la dictadura de Primo de Rivera. El resto de los gestores municipales tenían un perfil similar, y personajes igualmente “liberados de presidio” también ocuparon, a partir del mayo, los puestos de la Diputación Provincial, aunque ésta pasara a detentar escasísimas atribuciones y a ser una “institución de dudosa credibilidad”. Su nuevo presidente era Juan Antonio Ciller Ochando, terrateniente y abogado, representante paradigmático de una nueva generación de la elite tradicional que había evolucionado políticamente hacia el fascismo de Falange; al igual que los demás diputados provinciales, había sido encarcelado durante la guerra. Como vemos, los nuevos políticos albacetenses representaban un conservadurismo que se había actualizado en FET-JONS y ostentaban unos méritos de guerra basados en las

persecuciones sufridas bajo el dominio “rojo”. La misma pauta se siguió para nominar los gestores municipales de localidades como Hellín y Villarrobledo³ (Ortiz, 1993, González Madrid, 2007).

Poner en pie la provincia “mártir” y meterla en cintura, vestirla de camisa azul y boina roja según las directrices del Nuevo Estado se reveló pronto como un trabajo ingente. En seguida llegaron informes de que nuevos gestores de los pueblos adolecían de falta de entusiasmo, incapacidad e ignorancia. En consecuencia, los abastecimientos funcionaban defectuosamente, agravando las situaciones de hambre de la población, el aspecto de las áreas urbanas destacaba por su suciedad, la financiación municipal se basaba exclusivamente en las multas a los vecinos, y en muchos casos el vertiginoso cambio político y social había recolocado a caciques de siempre en las casas consistoriales. De ahí que el gobernador Parellada solicitara, a finales de mayo, permiso para ampliar el número de los gestores albacetenses. En julio se incorporaron a la gestora municipal de la capital tres personas más que habían “sufrido prisión por sentencia de los Tribunales Populares rojos y [eran] afectos incondicionales al Glorioso Movimiento Nacional”. Esto permitiría continuar restableciendo servicios e impulsar la depuración del personal de la provincia con pasado izquierdista. Represión e instauración de nuevos poderes públicos fueron procesos paralelos y estrechamente entrelazados: mientras Juan Antonio Ciller Ochando se acomodaba en su sillón de presidente de la Diputación, el antiguo presidente de la etapa del Frente Popular, José María Vaquero Muñoz, era ejecutado el 12 de agosto de 1939, probablemente por estrangulación por garrote vil. El Ayuntamiento de Albacete tuvo en la labor depuradora de sus funcionarios una de sus líneas de actuación prioritarias; como resultado, 99 vacantes de puestos en la corporación, la mayoría subalternos, permitieron dar entrada a mutilados, oficiales provisionales y excombatientes que habían luchado con Franco y a familiares de víctimas⁴.

Pero la vida social y política de la capital y provincia, transcurridos unos pocos meses desde la “liberación”, estaba lejísimos de ser armoniosa entre los propios vencedores. Sin contar con que la situación económica y sanitaria era nefasta y no hizo más que agravarse, especialmente para las clases populares,

³ Archivo General de la Administración (AGA), Gobernación, caja 44/2598.

⁴ AMAB, LI-44, Acta 20/III/1940.

existía una rivalidad política interna entre FET-JONS liderada por el Jefe Provincial Fulgencio Lozano Navarro y el gobernador Parellada. Los falangistas, que se erigieron en representantes de los grupos nacidos de la experiencia bélica, más radicales y que se apropiaban del culto a los caídos, se lamentaban, en un informe de enero de 1940, de que el gobernador Parellada obstaculizaba sus actividades, ignoraba a sus militantes a la hora de formar las gestoras municipales y despreciaba la recaudación para el Subsidio al Combatiente; las disputas conllevaron la destitución de ambos personajes⁵ (González Madrid, 2007).



Miseria y hambre en la provincia de Albacete en la posguerra. Foto en AGA, DNP, 51/20506.

⁵ AGA, Presidencia-Delegación Nacional de Provincias (DNP), c. 51/20506, carpeta 7.

2. La consolidación falangista en Albacete entre 1940 y 1941

Los problemas descritos se empezaron a solventar despacio pero favorablemente a FET-JONS cuando a mediados de 1940, en concordancia con la evolución a nivel estatal de los poderes provinciales (Sanz, 2009), el Gobierno Civil recayó en un falangista camisa vieja procedente de Salamanca, Ramón Laporta Girón. El partido, que antes de la guerra había sido casi inexistente en la provincia, durante la etapa de Parellada había crecido enormemente, al introducirse en él elementos heterogéneos, por oportunismo, conveniencia y falta de opciones. Los hombres de la provincia, por lo general, desconocían el ideario joseantoniano que en otros lugares se había inculcado a través de la experiencia de guerra a golpe de fusil; muy pocos albacetenses habían combatido durante la guerra en las milicias de Falange o en unidades franquistas, y lo mismo ocurría en otras zonas conservadas en manos de la República hasta abril de 1939. Es significativo que se designase un único Inspector Delegado Provincial de Excombatientes, el falangista vallisoletano y capitán de complemento de artillería Alfonso Sáinz Díaz de Lamadrid, para las provincias de Albacete, Alicante y Murcia al mismo tiempo, y que la actividad del servicio de Reincorporación de los Excombatientes al Trabajo en la ciudad manchega fuese prácticamente ninguna⁶. En los pueblos, según rezaba un informe de diciembre de 1940, la Falange estaba constituida por “un número considerable de elementos indeseables”; las Delegaciones de Auxilio Social, por ejemplo, habían tenido una labor “desastrosa y contraproducente, toda vez que lo de dar de comer al necesitado, es un mito” [sic]; no se había difundido ninguna consigna de política nacional ni local, etc.; Falange estaba, pues, totalmente “desprestigiada” a finales de 1940⁷.

La primera estrategia de Ramón Laporta Girón para salir de este impasse fue, como en otros lugares de la península, la renovación del personal político. El 10 de junio de 1940 tomó posesión la nueva gestora municipal, con Manuel Lodaes Alfaro como alcalde, cuyo fin debía ser “poner su juventud e ímpetu Nacional-Sindicalista al servicio de Albacete”⁸. Tal espíritu tampoco

⁶ AGA, Presidencia-Delegación Nacional de Excombatientes (DNE), c. 52/3826, expediente 116244; c. 52/2322, informes sobre las comisiones provinciales.

⁷ AGA, DNP, c. 51/20506, Parte de diciembre de 1940.

⁸ AMAB, LI-44, acta 10/VI/1940.

dio resultados. El 5 de mayo de 1941, Lodaes presentó su dimisión, al parecer desanimado ante la esterilidad de sus esfuerzos; la paupérrima hacienda municipal tenía parte de culpa; no obstante, una disparidad de criterios con Ramón Laporta, el gobernador y también Jefe Provincial de Falange, que solicitaba más financiación para el Frente de Juventudes en desacuerdo con Lodaes, había decidido la renuncia de éste⁹.

Lo que este incidente parece mostrar es que el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento estaba dispuesto a reanimar la exánime sociedad albacetense, pero haciéndolo por el encuadramiento en FET-JONS, a imagen del fascismo que en esas fechas vivía sus momentos de mayor gloria en Europa. En los primeros meses de 1941 se dedicaron esfuerzos para insuflar vida al SEU, a cuya cabeza se puso a Ramón Aguilar Granados (estudiante de derecho procedente de Acción Popular); se procuró atender las peticiones de las clases necesitadas a través del Auxilio Social; se fueron realizando reuniones organizativas de la jefatura con los delegados de distrito y se fueron nombrando nuevos jefes locales. Con todo, aunque a la altura de abril de 1941 los falangistas percibían que el ambiente popular hacia su partido iba mejorando, su penetración en el conjunto de la sociedad albacetense continuó siendo muy débil y meramente capilar. Por lo demás, más allá de haber practicado una represión efectiva y una depuración profunda sobre los desafectos, las nuevas autoridades albacetenses habían conseguido poco. Aun habiéndose reconstruido el cuartel de la Guardia Civil, reparado los mercados y reedificado la Feria, la ciudad continuaba en un estado ruinoso y miserable que los gestores, soslayando la autoría de los bombardeos franquistas sobre el casco urbano, atribuían a la pasada “dominación marxista”¹⁰.

Aquellos gestores, de ayuntamiento y diputación provincial, tampoco podían ostentar unos méritos de guerra que les hicieran acreedores de un derecho incuestionable a ejercer poderes, salvo la persecución sufrida en zona “roja” o la participación en la fracasada sublevación de julio de 1936. La provincia continuaba teniendo el marchamo del republicanismo, el comunismo y el internacionalismo vividos en tres años de guerra, y los grupos conservadores, repuestos en el poder, sazonados de un fascismo que carecía de

⁹ AMAB, LI-45, acta 5/V/1945.

¹⁰ *Ibidem*. AGA, DNP, 51/20544, cp. 30; parte de abril de 1941.

verdadera experiencia de combate, no habían logrado cristalizar unos contra-referentes fuertes: las tropas fascistas italianas se habían marchado pronto, y los gestores no conseguían retener a otras unidades militares de guarnición en la ciudad a pesar de sus esfuerzos por construir cuarteles. Dicho de otra manera, del mismo modo que la recristianización de una población bastante descreída, donde se había erradicado violentamente al clero durante la conflagración bélica, no había alcanzado grandes logros salvo la reposición de los cultos y fiestas religiosas como la de la Virgen de los Llanos (aunque este tema merece mayor investigación), el militarismo y el fascismo, la “cultura de guerra” franquista que explotaba el tema de la Victoria, no podían ser instilados sin más en la población albacetense. ¿Cómo incorporar a esta sociedad a la nueva Comunidad Nacional franquista, que se basaba precisamente en esos pilares? A continuación veremos que la verdadera ocasión para hacerlo vino en junio de 1941, de la mano de la guerra una vez más, pero no de la que se había librado en España sino de la que se desarrollaba en Europa.

3. La División Azul en Albacete

A lo largo de todo el lapso cronológico en el que se ha desarrollado nuestro relato local, en Europa la Alemania nazi había impuesto su dominio a través de la guerra, sometiendo a los países liberales aliados, expandiendo sus fronteras y exportando el modelo totalitario a otros lugares. La invasión nazi de la URSS, que comenzó (con retraso) el 22 de junio de 1941 con el nombre de Operación Barbarroja, fue consecuencia natural de los planes imperialistas y de exterminio racial concebidos por Hitler, y respondió a objetivos estratégicos inmediatos, que se apoyaban en una cosmovisión ideológica de raíces más profundas, la del nazismo, antitética al comunismo. El ataque inauguró un tipo de guerra cualitativamente diferente en el que se alcanzaron cotas de barbarie y brutalización insospechadas. Además, significó el fin de la relación de no agresión y ayuda mutua entre ambas potencias que habían aparcado sus inconciliables diferencias ideológicas por razones coyunturales desde septiembre de 1939. Por consiguiente, ese viraje bélico acometido por los nazis, valiosos aliados de Franco durante la guerra civil, sería acogido con gran satisfacción y entusiasmo en la España falangista (Núñez, 2007).

En el contexto histórico de expansión fascista por el continente, la España franquista había apostado por el fascismo en su propio proyecto, aun equilibrado éste con elementos más conservadores (convivencia con monárquicos y católicos en el gobierno) y desprovisto de veleidades revolucionarias sobre todo tras la defenestración de Gerardo Salvador Merino. El complejo ascenso político de FET-JONS en el Nuevo Estado no se consiguió sin amalgamar elementos falangistas puros con la moderación y lealtad a Franco, en un proceso que sería largo. En ese sentido, la crisis política de mayo de 1941 había colocado bajo control al partido, al restar competencias a Serrano Súñer. Éste y otros falangistas comprendieron la ocasión que se abría el mes siguiente para sus intereses con el ataque alemán a Rusia. Gritando el *¡Rusia es culpable!* y poniendo en pie la División Azul, Falange recobraba protagonismo y se hacía interlocutora directa de la gran potencia del momento, de cuyos éxitos rápidos, previstos también en el este, se pensaban obtener réditos. La organización y movilización de una unidad de voluntarios españoles, por tanto, debe entenderse en su contexto político concreto: se trató de un proyecto falangista que en cambio necesitó del ejército para realizarse (Moreno, 2004).

En las motivaciones de los voluntarios del primer momento, que en su mayoría vestían la camisa azul, estaba el recuerdo de la represión republicana en retaguardia, que muchos podían haber sentido en sus propias carnes pero que todos conocían a través de la óptica distorsionante de la propaganda. El discurso movilizador franquista, durante la guerra y después de ella, había afirmado llevar a cabo una lucha contra un invasor extranjero, contra el comunismo ruso, culpable de los males de la patria y autor de crímenes que la habían ensangrentado. Estos clichés, muy repetidos y asumidos como reales por una juventud falangista soliviantada por la experiencia bélica, estuvieron en el origen de muchas adhesiones a una División Azul que buscaba venganzas en las estepas rusas, un territorio donde continuar la guerra civil y la lucha anticomunista. Por otro lado, las motivaciones materiales, de medrar profesionalmente, la necesidad de lavar un pasado izquierdista, la búsqueda de una paga y manutención, la aspiración al estatus de “excombatiente” e incluso la coerción sobre la recluta, fueron causa igualmente de tantos otros enrolamientos. Aunque se ha hablado de una primera fase en la que el voluntariado con compromiso ideológico (unos 17.000 hombres) fue predominante, y otra etapa posterior en que

muchos soldados fueron obligados a ir a Rusia en una campaña terrible que no tenía visos de ganarse, las motivaciones de los voluntarios para alistarse fueron diversas y complejas durante todo el tiempo, y normalmente no fueron únicas ni unidireccionales. La experiencia de la guerra de 1936-1939 explica, en cualquier caso, el fenómeno del voluntariado español en la División Azul, y la mayoría de sus soldados ya lo habían sido en el ejército franquista de la guerra española; no obstante, hubo fuertes diferencias territoriales en su reclutamiento, así como la edad y la influencia del grupo fueron factores determinantes. Individuos de provincias como Madrid (la que envió más voluntarios: 3.000), que por cuestiones geográficas no habían podido luchar en el bando franquista durante la guerra, y personas demasiado jóvenes como para haberlo hecho pero que tenían el ejemplo de amigos o familiares que sí y pesaba sobre ellos el ambiente, fueron elementos prototípicos del voluntariado (Moreno, 2004; Rodríguez, 2007; Núñez, 2011).

Albacete reunía condiciones adecuadas para destacar en la movilización de voluntarios para Rusia. Como ya sabemos, sus hombres no habían podido hacer la guerra en el ejército franquista aunque lo hubieran deseado, y la represión republicana, consecuencia de una sublevación exitosa allí durante una semana, había dejado un buen número de familias que contaban con “mártires” o caídos entre sus miembros; era la ocasión de poner a prueba la propia masculinidad, rendir el servicio de armas debido al Nuevo Estado, y aportar lo suyo a la lucha iniciada con la guerra civil; por añadidura, el recuerdo de la presencia comunista encarnada en las Brigadas Internacionales podía ser un acicate para el enrolamiento entre aquellos que habían sido incomodados por su presencia¹¹. Además, la situación económica de la provincia era verdaderamente nefasta, lo que convertía la opción del voluntariado, muy bien pagada, en conveniente para muchos necesitados, sobre todo al principio, cuando se creía que el ataque alemán a Rusia iba a ser un paseo militar sin grandes riesgos. El único contra era, quizás, que los resortes falangistas albacetenses no eran aún muy poderosos ni numerosos, pero eso no impedía, como en el resto del país, que gentes de otras orientaciones políticas se alistaran a la División Azul

¹¹ El recuerdo de la represión republicana es el motivo aducido por Javier Sánchez Carrilero, albacetense voluntario en la División Azul, para su alistamiento (Sánchez, 1992).

con un espíritu compartido. Y no hay que olvidar que la provincia estaba en manos de un falangista, Ramón Laporta Girón, bien dispuesto a llevar a cabo un proyecto de esta envergadura.

Así, las jerarquías falangistas provinciales, siguiendo instrucciones recibidas desde arriba, se esforzaron en la campaña de reclutamiento una vez que se abrió el banderín de enganche. No debe obviarse el poder de atracción que tendría esta dinámica movilizadora para captar voluntarios que de otro modo no se habrían alistado. La recluta se anunció con grandes titulares en todo el país el 27 de junio y ya el día 28 se celebró en el Hogar José Antonio de Albacete un acto de propaganda falangista que caldeó el ambiente y que probablemente vino acompañado de mensajes radiofónicos. Hasta el día 1 de julio, los mítines publicitarios del alistamiento se celebraron en los pueblos albacetenses de Bonete, Montealegre, Minaya, Tarazona de la Mancha, Roda, Yeste, Elche de la Sierra, Almansa y Villarrobledo, interviniendo en ellos los delegados provinciales de propaganda, Auxilio Social, el Jefe Provincial del Movimiento y otros “camaradas” que hicieron un esforzado y frenético recorrido por las pobres carreteras provinciales para llevar las noticias e instrucciones a los principales pueblos. La breve campaña terminó con otro acto en Albacete, seguido de una manifestación¹².

Las impresiones recogidas por los falangistas eran sorprendentemente buenas, de manera que el “magnífico espíritu” hallado se traduciría en un enrolamiento numeroso. Según datos recogidos por la Jefatura Provincial, el total de voluntarios ofrecidos hasta julio fue de 984, aunque finalmente sólo serían enviados al acuartelamiento de Valencia 329 “camaradas”, de los que serían devueltos 54. Por tanto, 275 voluntarios de la provincia, de los que en torno a la mitad procederían de la capital, partirían a Rusia con el primer contingente. La exactitud de las cifras documentadas debe tomarse con cautela, pero es interesante aventurar algunas comparaciones. La proporción de voluntarios albacetenses respecto a su total poblacional no estuvo a la altura de la recluta madrileña, pero no existió gran diferencia con ésta; y desde luego, aquí fue mayor que en las provincias catalanas o vascas, donde el reclutamiento fracasó sonadamente (Moreno, 2004, 98). Sociológicamente, en Albacete

¹² AGA, DNP, c. 51/20544, parte de junio de 1941. Véase también algún comentario personal de Sánchez (1992).

las características del voluntariado fueron semejantes a las de otros lugares, y aunque los falangistas creían ver que los voluntarios eran “de todas las edades, clases sociales y condiciones”, es muy claro que la mayoría de ellos eran jóvenes (entre 20 y 28 años) de clase media católica y burguesa, a menudo estudiantes militantes del SEU, que se alistaban en bloque (cuadrillas de amigos, parejas de hermanos) por motivos múltiples como explicamos más arriba.



Acto en el Hogar José Antonio para la movilización de la División Azul. AGA, DNP, 51/20544

Ni siquiera entre las elites provinciales todos estuvieron prestos a unirse a la continuación de la cruzada en Rusia. El 30 de junio, fue transmitida a los componentes de la comisión gestora del ayuntamiento de Albacete la invitación a ser voluntarios en la División Azul, pero el alcalde consideró que aquello sólo debía ser extensible a los militantes de Falange, y de hecho solamente un gestor, Pedro Lamata Mejías, un falangista de 28 años auxiliar de farmacia, se alistó junto a un grupo de funcionarios municipales. Éstos, mientras permanecieron en campaña recibieron el “recuerdo cariñoso” de los demás gestores y empleados municipales, que además se encargaron de abonar a los familiares los haberes

íntegros de los soldados y de donar a la recaudación del Aguinaldo de la División Azul la cantidad de 5.000 pesetas¹³. Sólo cinco jefes locales de la provincia marcharon al acuartelamiento en Valencia. Al parecer, aunque el propio jefe provincial y gobernador civil Ramón Laporta Girón se presentó voluntario, nunca llegó a salir con la unidad hacia Rusia; no obstante, se preocupó de dejar constancia de su voluntad de hacerlo, certificando documentos que probaban su disposición, y argumentando que pese a su insistencia por unirse a la División, otros intereses habían “impedido llevar a efecto la orden de encuadramiento”¹⁴; parecido hicieron otros altos jerarcas falangistas, que pese a alistarse voluntarios en un primer momento, se las arreglaron para obtener un puesto alejado del frente y regresar a la primera ocasión (Rodríguez, 2007, 54-55). Movilizarse desde la “retaguardia” española fue la opción más fácil, pero no se puede soslayar la contribución al sostenimiento de los divisionarios del frente que supuso la campaña de apoyo emprendida.



Multitud expectante, poco entusiasta en la despedida a los divisionarios, AGA, DNP, 51/20544

¹³ AMAB, LI-45, actas 30/VI/1941, 30/VII/1941, 10/XI/1941, 1/XII/1941.

¹⁴ AGA, DNP, c. 51/20544, parte de julio de 1941.

La Sección Femenina de Falange en Albacete, de hecho, encontró su razón de ser en estos días, pues encargada de organizar el Aguinaldo de la División Azul (cuya recaudación alcanzaría las 200.000 pesetas), sus afiliadas dedicaron largas horas a tejer ropas de lana que enviar a los soldados. La Delegación de Excombatientes trabajó para procurar que las familias de los soldados recibieran los pagos que les correspondían. En Albacete, los voluntarios inscritos en la División y que finalmente no se habían marchado con ella fueron encuadrados en una “centuria de honor”, antes incluso de que regresara ningún verdadero combatiente del frente. Este tipo de actividades de movilización y prácticas simbólicas, que habían sido la nota dominante de la vida en la retaguardia franquista durante la guerra civil y habían repercutido positivamente en el proceso de consolidación del apoyo social a la sublevación militar hasta 1939 (Alcalde, 2010), al fin se conocieron en esta región. Aunque se trataba de una experiencia de guerra en retaguardia muy diferente, de un impacto más limitado por la lejanía de aquel frente ruso, y no todo el mundo compartía el sesgo político falangista de la División, es cierto que las noticias de la guerra en el este se siguieron con interés en Albacete. El impacto que causó la noticia de las tres primeras muertes de albacetenses de la División Azul, que había entrado en combate desde octubre, fue solemne: uno de los “caídos” era Dionisio Acebal Luján, hijo de una conocida y acomodada familia albacetense; en el triple funeral celebrado el 31 de diciembre, según señaló el informe de Falange, “el pueblo todo se unió al dolor de sus familiares cerrando el comercio y llenando por completo las naves de la Iglesia Parroquial de San Juan”¹⁵.

La “cultura de guerra” franquista empezaba a impregnar la sociedad albacetense a través de su vertiente más macabra, el culto a los “caídos” cuyas muertes siguieron conociéndose como un goteo incesante. Como ocurría en todo el país, donde también se recibían con estupor las listas de muertos, se impuso una mística de la muerte destinada a legitimar la carnicería; la División Azul, como señala Xavier Moreno Juliá, se erigió en “símbolo de sacrificio, y sus muertos, en paradigma de éste y, a la vez, en elemento de cohesión de la colectividad” (Moreno, 2009). En enero y en febrero de 1942 hubo más funerales en la capital, orquestados por la Falange, que

¹⁵ AGA, DNP, c. 51/20544, partes de agosto, octubre, noviembre y diciembre de 1941.

planteaba los ritos bajo sus propios marcos de referencia; ese sabor fascista de los actos pudo disgustar a elementos conservadores, como al gobernador militar de la plaza que desplantó en varias ocasiones a los falangistas, abandonando por ejemplo los funerales dedicados a José Antonio Primo de Rivera; con todo, la Jefatura Provincial del Movimiento inauguró el monumento a los caídos el 25 de febrero, y en la prensa local, que insertaba cotidianamente referencias a la División, se recogieron las semblanzas de estos héroes muertos¹⁶. FET-JONS tenía que aprovechar ese momento de protagonismo para permear en la sociedad, de modo que se organizó en el Hogar José Antonio de Albacete un curso de capacitación de jefes locales, donde en cinco días los jerarcas falangistas de la provincia impartieron instrucciones y consignas sobre cada servicio que componía el partido, incluido el que se otorgaba a los excombatientes, consistente en lo esencial en encontrarles un trabajo¹⁷.

No en vano, unos días después se conoció en Albacete que se concedía oficialmente a los voluntarios de la División Azul la cualidad de “excombatiente”¹⁸, lo que les hacía dignos de beneficiarse de disposiciones como la ley de 25 de agosto de 1939, que les reservaba un buen porcentaje de puestos de funcionario vacantes. Y es que desde enero habían llegado a España los primeros repatriados y se estaba reclamando a los alemanes la posibilidad de un relevo de la desgastada unidad. Junto a los jerarcas falangistas repatriados, que gozaron a partir de ahora de un prestigio añadido, regresaron soldados de extracción humilde para encontrarse a su llegada en el paro, y otros que despuntaron como incómodos inconformistas políticos. Una serie de problemas de los que Albacete tampoco estaría exento. Se hacía imprescindible acoger a los excombatientes, canalizar convenientemente sus aspiraciones, atribuyéndoles una función social en la comunidad que permitiera además seguir consolidando el sistema “de orden”; de ahí que en la prensa local se publicara un artículo como el siguiente:

¹⁶ AGA, DNP, c. 51/20544, parte de diciembre de 1941; c. 51/20580, partes de enero y febrero de 1942. AMAB, LI-46, acta 9/III/1942. *Albacete* (1, 28/II/1942).

¹⁷ *Albacete* (17, 20, 21/II/1942).

¹⁸ *Albacete* (3/III/1942).

Este voluntario albacetense en la División Azul que a su pueblo natal regresa, cubierto de heridas y de laureles, este Caballero Mutilado que nos honra ante España, no precisaba añadir para nuestra admiración y nuestra gratitud, nuevos motivos, ni su retorno con la carga preciosa de la gloria puede acrecentar aquel abrazo entrañable con el que la ciudad entera, a él y a todos sus camaradas, al partir de Albacete, les apretó contra su corazón ya para siempre. Aquella salida, si se quiere ejemplarmente quijotesca por su espiritual excelsitud, dejó huella indeleble. Nunca de la historia de Albacete podrá arrancarse página tan hermosa y tan enaltecida. El Banderín de Enganche entre nosotros nos recordó aquella obra de milagro presentada por José Antonio: La Juventud “ha encontrado una vena de heroísmo y de valor que se hallaba como escondida, como soterrada, muy honda y sale de su casa con un temple que supera al mejor temple antiguo”. También nuestros voluntarios de la División Azul sobre las tierras desoladas y los hielos alucinantes del confín europeo, parecen repetir cuando llega el heroico y máximo sacrificio, en el delirio ya de la agonía, la vieja canción del jonsista: “Quiero una muerte española”...

Es de esa juventud de la que nuestra ciudad tanto prestigio, agrado y gozo recibe, son de esos bravos muchachos, los que ahora regresan cubiertos de sagradas cicatrices. Con nuestro saludo brazo en alto levantemos también el corazón que aguarda impaciente y seguro el retorno triunfal de todos nuestros hermanos envueltos por el azul purísimo de una riente primavera¹⁹.

Acompañadas de retórica se localizan las claves de la construcción ideal del excombatiente de la División Azul transformado en héroe de guerra; la juventud, el idealismo, el sacrificio abnegado se convertían en los valores esenciales del soldado que regresaba a casa. Paradigma de este luchador nacional-sindicalista en Albacete fue, a su retorno a la ciudad en abril de 1942 junto a otros tres divisionarios, el líder del SEU Ramón Aguilar Granados, que traía como mayor mérito una mutilación de su cuerpo; en sus declaraciones comentó el “brillante comportamiento de los muchachos albacetenses” en sus “heroicas actuaciones militares” y *aceptó*, por ser “símbolo de la identificación espiritual de nuestra ciudad con los que, en su nombre, llevamos a lejanas tierras el afán generoso y redentor de nuestra Cruzada” el recibimiento que les ofreció en la estación una multitud encabezada por Ramón Laporta Girón. Éste, como máxima

¹⁹ *Albacete* (1/III/1942)

autoridad de la provincia, y muy cercano a Aguilar, le nombró enseguida Delegado Provincial de Educación Popular y vicepresidente de la Diputación Provincial²⁰. No obstante, el excombatiente sería destituido de este puesto en abril de 1943 al descubrirse en una investigación policial su orientación homosexual (González Madrid, 2007, 114).

Lo importante, a pesar de esto último, es que los excombatientes de la División Azul en Albacete se atribuyeron un rol clave en la vida social y política de la provincia durante 1942 y 1943. Si bien los sucesos ocurridos durante la guerra civil y su memoria continuaron ocupando lugar en el transcurrir cotidiano de este periodo (en marzo de 1942 se culminó la exhumación de víctimas de la represión republicana localizados en una fosa común del cementerio municipal, y se celebró el tercer aniversario de la “liberación” de Albacete con un solemne *Te Deum*)²¹, fue todo lo relativo a la División Azul y sus combatientes paisanos lo que recibió la mayor atención de la prensa, de las autoridades, y probablemente de la población albacetense.

4. “Cultura de guerra” y excombatientes en la política y la sociedad albacetense

Como hemos ido sugiriendo, la instrumentalización de excombatientes formados en una auténtica experiencia de guerra era uno de los mejores métodos con que contaron las autoridades franquistas para implantar su sistema político estructurado por FET-JONS. La sección provincial del partido al fin podría cubrir esa carencia con los hombres socializados en el frente de guerra o en su defecto con una experiencia bélica suficientemente profunda, y de hecho, en mayo y junio de 1942 se produjeron diversos nombramientos de jefes locales de Falange en personas jóvenes caracterizadas como “excombatientes”²². Los divisionarios fueron acogidos y halagados en actos ordenados por Falange. El 13 de

²⁰ Todo el párrafo a partir de AGA, DNP, c. 51/20580, partes de abril y junio de 1942. *Albacete* (19/IV/1942).

²¹ AMAB, LI-46, acta 9/III/1942, *Albacete* (29/III/1943).

²² AGA, DNP, c. 51/20580, partes de mayo y junio de 1942. También excombatientes de la guerra civil siguieron siendo nombrados para ocupar jefaturas locales en los siguientes meses.

junio una gran reunión en el Teatro Circo contó con la presencia del periodista falangista Victor de la Serna, cuyo discurso precedió a la proyección de un documental sobre los combatientes en el frente ruso. Allí también habló Pedro Lamata Mejías, gestor municipal recién regresado con una Cruz de Hierro en su haber, que fue nombrado en consecuencia Delegado Provincial de Sindicatos²³.

No se puede negar el impacto de todo esto en un sector amplio de la población albacetense, que así se veía inundada por la movilización bélica. El espacio dedicado a las peripecias de la División Azul no era nada despreciable entre las páginas de *Albacete*, único periódico que se podía leer en la localidad. Incluso se estableció un diálogo entre los soldados del frente y la ciudad a través de esta publicación, ya que cartas y mensajes de divisionarios o de sus familiares se incluían en el periódico, el cual también se remitía por correo a los albacetenses del frente ruso; del mismo modo, la gestora municipal mantuvo contacto con sus funcionarios que allá combatían²⁴. Los textos, publicados obviamente tras pasar la censura franquista, recurrían a la emotividad para vincular emocionalmente a los civiles en sus hogares, con los sufrientes soldados. Una epístola del divisionario Remigio Martínez Espinosa, falangista destacado en la ciudad y promotor de la movilización de junio de 1941 (él y su hermana periodista “Tita” eran amigos del primer muerto en el frente Dionisio Acebal Luján) (Martínez, 1997, 186-197; Sánchez, 1992), enviada a sus “camaradas” de la Sección Femenina, hacía mención de los compañeros que ya habían muerto o que habían recibido “en su carne, tan española, el doloroso trallazo de la metralla bolchevique”: “¿Habéis visto llorar a un soldado? [...] Queríais con vuestra carta la alegría de Cándido y Dionisio... y los pobres dormían ya el sueño de la gloria, bajo un manto de nieve y tierra helada. [...]”²⁵.

En estos artículos de prensa se vinculaba el heroísmo de los españoles, luchadores voluntarios, con el de otras tropas de la “Nueva Europa” que se habían unido a los ejércitos nazis²⁶; se

²³ AGA, DNP, c. 51/20580, parte de junio de 1942. *Albacete* (14/VI/1942).

²⁴ AMAB, LI-46, acta 30/III/1942. *Albacete* (7/IV/1942)

²⁵ *Albacete* (12/IV/1942), se refiere a Cándido García Moreno y Dionisio Acebal Luján, dos de los siete primeros muertos albacetenses en la División Azul; véase portada con necrológica en *Albacete* (5/III/1942).

²⁶ Véase “Crónica de Rusia. La valentía de esta guerra” del divisionario Javier Sánchez Carrilero en *Albacete* (10/IV/1942).

hacían eco de los actos piadosos que se les dedicaban por todo el país²⁷; al final se terminó por ofrecer una sección del periódico Albacete con título “Albacetenses en la División Azul”, héroes que en estos relatos apasionados o elegíacos siempre sonreían, vivos o muertos²⁸. Toda esta parafernalia propagandística tuvo que hacer mella en las gentes de a pie, o al menos despertar su curiosidad por aquellos soldados, cuyo siguiente contingente de regreso fue seguido paso a paso en la prensa, mientras duró su recorrido hasta arribar a la ciudad manchega a finales de junio. El discurso empleado en la acogida no podía ser más ensalzador:

Hoy vuelven. El asfalto de nuestra ciudad sentirá la planta firme de los que elevaron nuestra bandera en el corazón del gran enemigo [...] Gloria pura de Albacete. ¡Voluntarios de la División Azul! Otra vez en la tierra noble y callada de la Mancha, bajo el manto acogedor de la Virgen de los Llanos, que sonreirá desde el cielo. Allá arriba tiemblan ya los luceros, donde montan su guardia los Caídos, cuya ausencia pondrá congoja en la alegría del retorno [...] ²⁹.

A partir de ahora, junto al goteo de muertes que no cesaba (en julio de 1942 la esquila dedicada a los divisionarios albacetenses fallecidos contaba con trece nombres), llegaron los sucesivos grupos de excombatientes, una vez media docena, otra vez hasta veinticuatro, a los que sistemáticamente se ofrecía una recepción en la estación, todo lo engalanada posible, con presencia de autoridades, discursos, y reencuentros³⁰. Hasta diciembre de 1942 serían recibidos con actos de acogida siete relevos de divisionarios en Albacete³¹. La experiencia en Rusia había sido traumática para la mayoría de ellos, y la reinserción a una vida familiar y laboral no siempre resultó fácil. El discurso franquista se esforzó en idealizar la reintegración de los soldados, que no venían esta vez victoriosos: se apelaba a la comprensión de las familias hacia estos hombres venidos desde “lejanas tierras [...] con la piel curtida por el frío y

²⁷ *Albacete* (15/IV/1942).

²⁸ *Albacete* (16, 22, 25, 29/IV/1942).

²⁹ *Albacete* (20/VI/1942).

³⁰ *Albacete* (4, 7, 14, 16/VII/1942).

³¹ AGA, DNP, c. 51/20580, partes de julio, agosto, septiembre, octubre y diciembre de 1942.

el alma llena de la memoria de los caídos”³²; no importaba que “los mozos”, “los muchachos”, vinieran mutilados, porque “más lo quiero así [habría de decir una madre]; dio su sangre, esta bendita sangre española”³³. Se insistía, sobre todo, en que el excombatiente debería ser digno del sacrificio que siempre se había esperado de él, tenía que seguir siendo el mismo cumplidor del deber patriótico que en el 36 le había llevado a las cárceles “rojas” y luego a ser “combatiente contra el comunismo”; una vez llegado aquí lucía “cruces, galardones, premios, honores; pero a él nada le importa”; su alma no podía haber quedado tocada por el tremendo frío del invierno ruso, “por algo era un combatiente de la División Azul y su presencia simbolizaba su Patria”³⁴.

Era una bonita manera de convertirles en héroes a la vez que se cortaban sus pretensiones de exigir derechos y compensaciones materiales o políticas por su participación en la guerra. Ésta, hacia finales de 1942 estaba dando un claro giro opuesto a los intereses nazis, y tampoco la propaganda podía ocultar las verdaderas realidades bélicas que se vivían en el frente del este. De hecho, ni siquiera se intentaba esconder el fatídico destino que planeaba sobre aquellos que a Rusia habían ido; la División Azul, se decía en noviembre de 1942, era una “avanzada de legiones enamoradas de la muerte”, pero de una muerte regeneradora: “ir hacia la Muerte, amar a la muerte, por razones de espíritu. ¡Qué magnífica resurrección espiritual la de nuestro pueblo!”³⁵. Con ese discurso se intentaba movilizar a nuevos voluntarios para Rusia, algo que explica muy bien que la reposición de voluntarios fracasara; la mayoría de los nuevos divisionarios se reclutaron con un mucho mayor grado de coerción y obligatoriedad. En efecto, en noviembre de 1942 la jefatura provincial de milicias suspendía la entrega de falangistas inscritos como voluntarios, y el mes siguiente comenzaban a recibirse cartas de preocupadísimos familiares de divisionarios que exigían noticias de sus hijos, o directamente que fueran repatriados. Por otro lado, al conocerse los éxitos de los aliados en el norte de África, las gentes de izquierdas de Albacete “dejaron entrever una manifiesta alegría”, muy molesta para los falangistas, que vieron

³² *Albacete* (14/VII/1942).

³³ *Albacete* (19/VI/1942).

³⁴ *Albacete* (11/VII/1942).

³⁵ *Albacete* (13/XI/1942).

incluso como tales acontecimientos hacían “mella en los espíritus mezquinos de muchas personas consideradas adictas” al régimen de Franco³⁶.

A pesar de todo, la experiencia de guerra de la División Azul estaba cumpliendo su función beneficiosa para la consolidación de la dictadura, y los propios falangistas eran muy conscientes de ello. Su Delegación Provincial de Excombatientes lograba reincorporar al trabajo a los retornados de Rusia, lo que evitaba situaciones embarazosas; se publicitó oportunamente que el Nuevo Estado les protegería económicamente³⁷. Estos excombatientes, según afirmaba Ramón Aguilar Granados, “curtidos por la nieve petrificada a 50° bajo cero, ennegrecidas las caras por la pólvora liberadora y reconstituyente [...] con el alma bien templada en el ascetismo de la lucha” se habían convertido gracias a su paso por Europa en un “puñado de auténticas camisas azules”³⁸. Los combatientes se consolidaban por fin en Albacete como artífices de la Revolución Nacional que había comenzado aquel 18 de julio³⁹.

Por ello, a lo largo de 1943 fue posible nombrar nuevos mandos falangistas a individuos que habían vuelto de combatir con la División Azul. La jerarquía social siguió manteniéndose, desde luego, en el proceso de acceso de los excombatientes a puestos de poder, pues mientras algunos divisionarios de extracción humilde tuvieron que recurrir a ayudas materiales de la Delegación Provincial de Excombatientes para endulzar sus condiciones de vida, otros veteranos más cercanos a las elites locales alcanzaron al fin cargos de relevancia⁴⁰. De esa tarea renovadora tomó las riendas en abril de 1943 el nuevo jefe provincial del movimiento y gobernador civil Francisco Rodríguez Acosta, un militar camisa vieja. Nombró Alcalde de Albacete a Pedro Lamata Mejías, el concejal que había ido y vuelto de Rusia, lo que constituía un ascenso político debido claramente a tal servicio de armas⁴¹. Otro divisionario, Luis Martínez de la Ossa, falangista médico de profesión, fue colocado como gestor de la

³⁶ AGA, DNP, c. 51/20580, parte de noviembre de 1942; cps. 42 y 49; c. 51/20606, cps. 6 y 11.

³⁷ *Albacete* (9/III/1943).

³⁸ *Albacete* (31/XII/1942).

³⁹ Véase el artículo “Generaciones combatientes y revolucionarias” por E. Feijoo García en *Albacete* (3/II/1943).

⁴⁰ AGA, DNP, c. 51/20606, partes de mayo y diciembre de 1943.

⁴¹ AMAB, LI-75, acta 21 de junio de 1943.

Diputación Provincial. Personajes como estos, ahora bien instalados en España, continuaron trabajando por mantener la presencia de la División Azul en un frente ruso que se venía abajo; para ellos, esa guerra era la misma que se había combatido en España, y en ese sentido celebraron los dos años de la organización de la unidad, en junio de 1943⁴². Al mes siguiente, la invasión aliada de Sicilia y la caída de Mussolini, unidas a las presiones diplomáticas sobre la España franquista, condujeron, por el contrario, a la decisión de retirar la División Azul del frente ruso.

La retirada española fue relativa, pues importantes sectores del franquismo siguieron manteniendo su lealtad al Eje hasta el cataclismo definitivo (y la llamada Legión Azul continuó la lucha), aunque la prensa española ahora empezaba a comentar de manera mas neutra la guerra mundial. Los divisionarios siguieron recibiendo “entusiastas recibimientos”, y los periódicos aún hablarían de la “Alemania heroica” que peleaba hasta el final; esto se compatibilizó, paradójicamente, con la consigna oportunista y cínica difundida a principios de 1944: “ni comunismo ni fascismo. Política española de posguerra”⁴³. A lo largo de ese año, las autoridades franquistas tuvieron que camuflar su estrecha vinculación con el nazismo de cara a la galería, algo que contrastaba con lo que se hacía puertas adentro; todavía el 18 de diciembre de 1944, al gobernador civil y jefe provincial del movimiento Francisco Rodríguez Acosta se le impuso la Encomienda de la Orden del Águila Alemana, concedida por Hitler, en un acto de “carácter íntimo” que tuvo lugar en la jefatura provincial de Albacete, con presencia de cónsules nazis y una representación de la División Azul, a quienes se ofreció un vino español⁴⁴. La exaltación movilizadora de la División Azul en el espacio público desaparecería durante la última fase de la Segunda Guerra Mundial, como desaparece la nieve derritiéndose en primavera, pero sus consecuencias para la configuración y consolidación de la dictadura en la provincia permanecieron mucho tiempo.

⁴² AGA, DNP, c. 51/20606, parte de junio de 1943. *Albacete* (26/VI/1943).

⁴³ *Albacete* (2/XI/1943, 17/XII/1943)

⁴⁴ AGA, DNP, c. 51/20633, parte de diciembre de 1944.

5. Epílogo y conclusiones

A la altura de 1945, quizá las repercusiones de la experiencia de la División Azul no eran demasiado visibles en Albacete. El total de sus habitantes que combatieron en Rusia se situó probablemente por encima de los 500 hombres, lo que era un magro porcentaje poblacional. Por tanto, aunque se dio una incorporación de excombatientes a puestos de poder en las instituciones locales y provinciales así como en FET-JONS, que hemos ejemplificado, ésta no fue masiva ni tan profunda como la renovación de puestos que se había producido en otras regiones utilizando excombatientes del ejército de Franco de la guerra civil. En Albacete continuaron teniendo un importante peso los elementos conservadores, y los políticos cuyo currículum destacaba por haber sufrido simplemente la represión republicana, todos cada vez más *desfascistizados* en la coyuntura difícil para el régimen que fue la segunda mitad de los años 40. Además, tratándose los divisionarios de personas jóvenes, estudiantes de una clase media acomodada que retomaron sus profesiones una vez regresaron de Rusia (algunos, como médicos e ingenieros, pudieron adquirir conocimientos prácticos durante la campaña), la mayoría carecían de capacidades para tomar las riendas de la política local y provincial; necesitaban desarrollar también una carrera civil que les hiciera merecedores de los cargos, algo que consiguieron fácilmente dada su procedencia social y gracias a las ventajas disfrutadas en virtud de su condición de excombatientes. La consecución de puestos funcionariales o el ingreso en los cuerpos de seguridad de la dictadura fue una opción muy corriente para los veteranos de la División Azul, igual que lo era para los de la “Cruzada”.

Fue así que, al parecer, aunque se carece de una investigación detallada sobre ese periodo, los divisionarios se convirtieron en grupo de extracción del personal político de la dictadura en Albacete a partir de los años 50. Luis Martínez de la Ossa, diputado provincial hasta 1948 fue alcalde de la ciudad entre 1950 y 1957; entre 1965 y 1974 lo fue otro ex divisionario albacetense, Gonzalo Botija Cabo. Merecería la pena comprobar si en los pueblos de la provincia también se dio esta realidad. En cualquier caso, lo que parece claro es que los excombatientes de la División Azul se consolidarían como un sector a tener en cuenta en el seno del régimen, como una elite cuyo estatus se situaba entre lo militar y lo político, y que servía

magníficamente a los intereses franquistas de dominación social. Su presencia, si bien no del todo cómoda por su conexión con el nazismo, era útil a la dictadura, de ahí que se permitiera cultivar su “peculiar memoria” (Núñez, 2005) durante el régimen (nombres de calles a los caídos, publicaciones, etc.). Sus círculos sociales de amistad y solidaridad, ya existentes previamente a la experiencia bélica, perduraron en la posguerra, aunque el dirigismo franquista impidió que surgiera su asociación autónoma hasta finales de los años 50 cuando, acomodándose a las nuevas reglamentaciones en el seno de la Delegación Nacional de Asociaciones de Falange, apareció la Hermandad de Excombatientes de la División Azul de Albacete⁴⁵. Las actividades de la Hermandad, por un lado, se insertaron en el muy amplio proceso de utilización del asociacionismo excombatiente por parte del régimen de Franco para mantener su fortaleza frente a las transformaciones de los años 60 y 70. Pero además permitieron seguir cultivando la imagen romántica, complaciente y mítica de la División Azul, que aun hoy en día se mantiene, al margen de la investigación verdaderamente crítica (Núñez, 2008).

En definitiva, la experiencia de la División Azul en Albacete fue consecuencia de los esfuerzos de FET-JONS y, por ende, del régimen de Franco, por implantarse, consolidarse y legitimarse en una región que, salvo una fracasada y breve experiencia insurgente en julio de 1936, no había experimentado con el bando vencedor el gran acontecimiento fundacional de la dictadura, que fue la guerra civil española. Aquí hemos destacado la importancia de la “cultura de guerra” y de sus agentes más destacados, los excombatientes, en el proceso de consolidación política del franquismo. No obstante, al hacerlo también hemos puesto de relieve sus límites. No ha sido posible demostrar que la proliferación de discursos, símbolos y prácticas movilizadoras en torno a la División Azul empujara realmente al conjunto de la sociedad albacetense en la dirección deseada por el régimen. Ni tampoco que los apoyos sociales del dictador en la provincia limaran definitivamente sus diferencias al participar en este proyecto pretendidamente unificador. A medio plazo, la experiencia de la represión republicana en retaguardia siguió siendo el referente más empleado para legitimar el sistema franquista y a sus valedores. A largo plazo serían otros argumentos (la “paz”, el “desarrollo”) los que reemplazarían a los anteriores en

⁴⁵ AGA, Presidencia-Delegación Nacional de Asociaciones, c. 44/9198.

ese objetivo. Además, aunque la experiencia bélica ciertamente forjó a “hombres nuevos” en política con las características apetecidas del falangismo, aquello nunca implicó un verdadero cambio: siguieron siendo individuos de los mismos estratos sociales dominantes los que ejercían el poder, aun atribuyéndose ahora la etiqueta de “excombatiente”. Ésta, lo que permitió a aquellos franquistas fue dotarse de un revestimiento trascendental y mítico, generado en la cultura de guerra, que les hacía aparentemente aún más intocables en su posesión del poder. Como la estrecha relación con la guerra, esto siempre fue una característica clave del fascismo.

Referencias bibliográficas

- ALCALDE FERNÁNDEZ, Á. (2010). *Lazos de sangre. Los apoyos sociales a la sublevación militar en Zaragoza. La Junta Re-caudatoria Civil (1936-1939)*. Zaragoza: Institución “Fernando el Católico”.
- ALCALDE FERNÁNDEZ, Á. (2010). “Excombatientes en los poderes locales del primer franquismo (Zaragoza, 1939-1945). Experiencia de guerra e interpretación del apoyo social a la dictadura”. En *Nuevos horizontes del pasado. Culturas políticas, identidades y formas de representación. X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*. Santander: Universidad de Cantabria.
- BOX, Z. (2010). *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*. Madrid: Alianza Ed.
- GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2008). “La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español”. En *Historia Social* 61, 69-87.
- GONZÁLEZ MADRID, D. A. (2007). *Los hombres de la dictadura. Personal político franquista en Castilla-La Mancha, 1939-1945*. Ciudad Real: Almod.
- MARTÍNEZ, T. (1997). *Albacetenses en la diáspora*. Albacete: Diputación de Albacete.
- MORENO JULIÁ, X. (2004). *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1945*, Barcelona: Crítica.
- MORENO JULIÁ, X. (2009). “Los muertos de la División Azul”. En *Historia, antropología y fuentes orales* 42, 3ª época, 85-92.

- NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (2005). “Los vencedores vencidos: la peculiar memoria de la División Azul, 1945-2005”. En *Pasado y Memoria. Revista de historia contemporánea* 4, 83-113.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (2007). *Imperios de muerte. La guerra germano soviética 1941-1945*, Madrid: Alianza Ed.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (2008). “El Tercer Reich, la Wehrmacht y la División Azul, 1941-1945: Memoria e imágenes contrapuestas”. *Ayer* 69, 47-72.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (2011). “An Approach to the Social Profile and the Ideological Motivations of the Spanish Volunteers of the Blue Division, 1941-44”. En *War Volunteering in Modern Times. From the French Revolution to the Second World War*, Ch. Krueger y S. Levsen (ed.), 248-275. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- ORTIZ HERAS, M. (1993). “X. La Diputación Provincial en el Primer Franquismo (1939-1959)”. En *Historia de la Diputación de Albacete (II)*, 99-162. Albacete: DPA.
- ORTIZ HERAS, M. (1996). *Violencia política en la II República y el primer franquismo*. Madrid: Siglo XXI.
- REQUENA, M. et alii (1996). *Al-Basit 39 bis Monográfico sobre la guerra civil y las Brigadas Internacionales en Albacete*. Instituto de Estudios Albacetenses.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L. (2007). *De héroes e indeseables. La División Azul*. Madrid: Espasa.
- SÁNCHEZ CARRILERO, J. (1992). *Crónicas de la División Azul*. Albacete.
- SAN JOSÉ LÓPEZ, E. (2003). *De la República, la guerra, la represión, la resistencia... recuerdos y notas*. Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses.
- SANZ HOYA, J. (2010). “El estudio de la dictadura en las provincias. Algunas reflexiones sobre la metodología y el estado de la cuestión”. En *VII Encuentro de Investigadores sobre el franquismo*. Santiago de Compostela (en prensa).
- SANZ HOYA, J. (2009). “Camarada gobernador. Falange y los gobiernos civiles durante el primer franquismo”. En *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*. Murcia: AHC.

SEVILLANO CALERO, F. (1994). “La sublevación de julio de 1936 en Albacete”. En *Al-Basit* 35, Instituto de Estudios Albacetenses, 133-151.

SEVILLANO CALERO, F. (1995). “La Justicia Popular en Albacete durante la Guerra Civil (1936-1939)”. En *Al-Basit* 35, Instituto de Estudios Albacetenses, 115-134.